

Uno

*Talla Dileas, cerca del lago Chon,
los trossachs de las Highlands escocesas, 1817*

Necesitaban dinero. En billetes o en monedas, no importaba, siempre que fuera una gran cantidad. Los siete miembros de la familia Lockhart estaban de acuerdo en que no tenían más opción que volver a Inglaterra y tratar de hallar el antiguo tesoro de la familia, una bestia de oro macizo con ojos de rubíes, para evitar la ruina. Sin embargo, no enviarían a Liam a buscarlo.

Ése había sido su primer gran error: Liam había regresado de Londres con una mujer y una linda niña. Pero no con la bestia.

No, esta vez iría Grif, el hermano menor y más elegante de Liam.

Sin embargo Aila, la esposa de Lockhart padre, tenía sus reservas respecto a un segundo intento de recuperar la bestia.

—Esto es un desastre —dijo cuando la familia revisaba el último plan sentada a la mesa a la hora de cenar—. Tentamos el destino, ya que no tenemos ni la más ligera idea de dónde puede estar la bestia. Lo único que sabemos es que lady Battenkirk se llevó esa maldita cosa.

—Y se la entregó a Amelia —les recordó amablemente Ellie, la flamante esposa de Liam.

Todos callaron y la miraron mientras ella seguía con su cena tranquilamente.

Ellie había robado la bestia ante las narices de Liam y luego había vendido la estatuilla de valor incalculable por una ínfima cantidad a una londinense con quien se había tropezado en una tiendecita de bagatelas y artículos para el hogar en Cambridge. Ahora, lo único que sabían con seguridad era que el nombre de la londinense era lady Battenkirk y que ésta había dicho en el momento de la compra que tenía intención de regalarle la bestia a su amiga Amelia. Eso era todo lo que sabían sobre la preciada figurita. Todo lo demás eran conjeturas sumamente imaginativas.

Pero Grif confiaba en su habilidad para recuperar la bestia y dio un cariñoso apretón a su madre en la mano.

—Liam fue como soldado, no como un caballero como yo. Él no iba bien preparado para relacionarse con la sociedad, mientras que yo soy perfecto para ello.

—¡La sociedad! —masculló Liam—. ¡Te puedes quedar con toda ella!

Liam, capitán del regimiento de las Highlands, era, por decirlo de un modo amable, un poco tosco. Y si bien Grif podía ser tan tosco como él cuando era necesario (al fin y al cabo había nacido y se había criado como highlander), soñaba con gozar de la vida de un caballero de la alta sociedad, un deseo firmemente arraigado en él tras estudiar dos años en la universidad en Edimburgo.

Tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad desde entonces; era cuando la familia tenía recursos económicos, antes de que empezaran a comprar

su parte a los arrendatarios que ya no podían mantener Talla Dileas, la finca familiar situada en una zona remota de las Highlands, cerca del lago Chon. Cuando Grif regresó a casa cinco años atrás, se encontró un lugar diferente, en el que las sencillas casitas de los arrendatarios estaban vacías y la antigua mansión había empezado a desmoronarse. La situación no sólo había empeorado; hacía menos de quince días que el tejado de la cocina original se había derrumbado y no pudieron hacer otra cosa más que cubrirlo con tablas.

Grif echaba de menos su antigua vida en Charlotte Square, donde él y su mejor amigo de toda la vida, Hugh MacAlister (que ahora estaba sentado frente a él, tratando de tragar con el mejor de los ánimos el contenido de su cuenco), habían sido los jóvenes caballeros más populares que competían por las atenciones de las jóvenes casaderas. La perspectiva de Londres, ¡Londres!, era perfecta para un joven como él.

—Sí, Aila, ¿qué otra opción tenemos? —preguntó Carson, el terrateniente de Lockhart, con desánimo—. No tenemos arrendatarios que nos paguen rentas, el ganado es tan escaso que resulta ridículo, y cada día perdemos dinero. Estamos rodeados de ovejas que pacen las Highlands más fácilmente que el bendito ganado. Si no hacemos algo pronto, las ovejas nos meterán en la cárcel de los deudores.

Lo que decía era cierto. A pesar de todos sus recelos, había un hecho indiscutible: la bestia, la pieza antigua de valor incalculable, el objeto por el que los Lockhart ingleses y escoceses habían estado enemistados durante varios siglos (a pesar de que las crónicas familiares indicaban claramente que por derecho pertenecía a los Lockhart escoceses, gracias), era la clave de su supervi-

vencia. Durante siglos se la habían ido robando unos a otros, y sus malditos primos ingleses la habían hurtado hacia la época de la batalla de Culloden, en 1746. Desde entonces, languidecía en un elegante salón londinense, un triunfo de los Lockhart ingleses.

Pero los Lockhart ingleses eran muy ricos. No la necesitaban. Por el contrario, los Lockhart escoceses la necesitaban desesperadamente.

—Tienes mi palabra —dijo Grif a su madre— de que no marcharé alegremente a Londres y regresaré con una esposa y una hija...

—¿Cómo dices? —intervino Ellie, ya que era ella la esposa con la que Liam había regresado a casa, junto con su hija Natalie.

—Perdona, Ellie —se disculpó Grif, volviéndose hacia ella y cogiéndole la mano para llevársela a los labios—. Sabes que te adoro, pero no eres exactamente lo que esperábamos, ¿no crees?

—Ah, no... Liam ha dejado bien claro que no lo soy —admitió ella alegremente.

—Pero el abuelo dice que somos mucho mejores que esa antigua bestia —se defendió Natalie, ganándose un cariñoso pellizco en la mejilla por parte de Carson.

—Claro que lo sois, Nattie —se apresuró a tranquilizarla Grif—. Y no queríamos que fuera de otro modo... pero si hubierais venido sin haber vendido la bestia...

—¡Sinceramente, Grif! —Esta interrupción la hizo Mared, la única hija de los Lockhart—, Ellie lo ha compensado, ¿no? Ella solita te convirtió en un caballero...

—Disculpa... ¡yo ya era un caballero mucho antes de que nuestra Ellie entrara por esta puerta, si no te importa!

—Sí, pero no puedes negar que te ha enseñado a bailar, a caminar y a hablar como un auténtico caballero inglés, además de enseñarte todas sus costumbres.

—Así es, sin duda —admitió Grif de mala gana.

—Y las cartas de presentación que ha escrito para ti... bueno, son brillantes, ¿no?

—Gracias —dijo Ellie, visiblemente complacida.

—¿Crees que es fácil, pues, presentar a Griffin Macaulay, terrateniente de Ardencaple? —preguntó Mared.

—Ese nombre... —dijo Hugh, pensativo—. No entiendo por qué no te presentas con tu verdadero nombre, Grif. ¿Qué daño puede hacer? Todo esto parece un poquito complicado.

—Ah, bueno —dijo Liam de pronto—, no es tan complicado como parece. Escucha, yo viajé a Londres e hice saber que era un malhumorado proscrito de los Lockhart escoceses y así procuré congraciarme con nuestro primo Nigel. Pero luego robaron la bestia y, antes de que pudiera solucionarlo, me vi obligado a partir repentinamente —ese comentario hizo que todos volvieran a mirar a Ellie, que se sonrojó un poco—, así que no podemos estar absolutamente seguros de si los Lockhart ingleses saben que la bestia ha desaparecido siquiera. Y si saben que ha desaparecido, ¿relacionan su desaparición conmigo? O, peor, podrían relacionarlo si descubren a mi hermano en Londres. ¡Es así de sencillo, amigo!

Pero Hugh empezó a negar con la cabeza, confuso.

—Sí... pero ¿no olvidas una cosa, Liam? Grif se parece a ti. ¿Cómo lo ocultará?

—Tiene razón —coincidió Aila, mirando a su hijo Grif—. Si Nigel Lockhart te pone la vista encima podría muy bien reconocer a Liam en ti.

Liam resopló al oír eso y dijo:

—No, madre. El primo Nigel es un maldito borrachín. No reconocería su propio dedo gordo sin ayuda, apuesto lo que quieras. Y somos bastante distintos. Si Grif se hace llamar de modo diferente, el primo Nigel no lo relacionará. Estoy absolutamente seguro.

—Yo no lo estaría tanto —dijo Aila con desánimo—. Ya sabes lo que dicen de la bestia: resbalará de los dedos de un escocés, pues su corazón es inglés.

—Tonterías —dijo Carson—. Me creo tanto eso como la maldición de Mared —dijo, quitando importancia al asunto con un gesto en dirección a su hija.

Mared se sonrojó al instante y miró avergonzada a Hugh, turbada por la maldición medieval, que tenía su origen en la tragedia de la primera dama de Lockhart que fue condenada a muerte. La hija de aquella infortunada mujer quedó maldita por la vergüenza de su madre y el odio de su padre, y se quitó la vida en 1454. Desde entonces, y por razones que no quedaban claras, se decía que ninguna hija de un Lockhart se casaría jamás hasta que mirara dentro del vientre de la bestia... o se enfrentara con el demonio realmente. Y era cierto que ninguna hija se había casado jamás; algunas nunca habían recibido proposiciones, y las que las habían recibido murieron o vieron morir a su prometido antes de que los esponsales tuvieran lugar. Las mentes más sensatas señalaban que las muertes eran mera coincidencia, producto del descuido humano. Pero la mayoría de los que vivían cerca de esos lagos creían que las muertes eran obra del *diabhal*, el propio diablo, y que Mared, la primera hija nacida en el seno de la familia Lockhart en casi cien años, estaba maldita.

—Este plan realmente es mucho mejor que el último, madre —dijo Mared, antes de que Carson añadiera

algo sobre la maldición—. Y lo tenemos todo pensado, ¿verdad?

Era cierto que lo habían examinado todo atentamente. Sabían que Grif sólo conseguiría encontrar la bestia si disponía de dinero, si tenía entrada en esa sociedad y un lugar donde residir que convenciera a la clase alta de que era auténtico, aunque asumiera una identidad falsa y bastante encumbrada.

—Y todos los obstáculos están resueltos, ¿no es cierto? —prosiguió Mared.

Nadie lo discutiría; Mared y Griffin habían estado examinando antiguos libros y árboles genealógicos hasta que por fin llegaron al falso lord Griffin Macaulay, terrateniente de Ardencaple, título que fue transmitido al duque de Argyll cien años antes y posteriormente abolido por éste por ser redundante. Ahora no quedaba nada de Ardencaple, salvo algunos pequeños arrendatarios. «Ardencaple. ¿Quién puede conocer ese antiguo apellido?», se había reído Grif.

Una vez decidida su identidad, Liam y Ellie se hicieron cargo del asunto, enseñando a diario a Griffin las costumbres y obsesiones de la sociedad londinense y muchos protocolos sociales. Reclutaron a Dudley, el mayordomo-criado-mozo-de-cuadra-jardinero de toda la vida para que acompañara a Grif e hiciera creíble que era lord.

Pero la pequeña Natalie un día les había planteado un dilema cuando señaló, entre la colección de antiguas muñecas de Mared:

—Creo que debería tener un ayuda de cámara, si tiene que ser un lord.

Todos dejaron de hablar al instante y miraron con horror a la chiquilla.

—Dios mío, lo había olvidado —murmuró Ellie.

A Carson se le ocurrió una solución brillante y recluso a Hugh, el hijo de su más antiguo y querido amigo, Ian MacAlister, para que interpretara el papel de ayuda de cámara de Grif a cambio de un pequeño porcentaje de lo que se pudiera sacar de la bestia. Hugh no sólo estaba dispuesto a fingir ser el ayuda de cámara de Grif, sino que también sabía de un lugar que podrían utilizar como residencia. La abuela materna de Hugh, lady Dalkeith, se había casado con un inglés después de morir su esposo, y sabía que la casa de su abuela en Cavendish Street se hallaba vacía y desatendida cada verano, mientras ella acompañaba a su esposo a Francia.

Los Lockhart celebraron con varios tragos de whisky de las Highlands el hecho de que no sólo tenían acceso a una casa vacía en Londres durante varios meses, sino que también disponían de cartas de presentación adecuadas, hábilmente redactadas por Ellie.

Les quedaba un solo obstáculo: el dinero. Como los Lockhart habían reunido todo lo que tenían para enviar a Liam a Londres, ahora sus bolsillos estaban totalmente vacíos. Pero Grif tuvo una idea.

—Creo que no tenemos otra opción más que pedirle a Payton un pequeño préstamo —sugirió—. Es el único que tiene dinero por estos lugares.

—Traidor —dijo Mared con los dientes apretados.

—¿Payton Douglas? —preguntó Hugh.

—Maldito Douglas, eso es —dijo Carson, como hacía siempre que salía el nombre de Douglas, y al instante suavizó el tono—. Sí, es un Douglas, pero decente, si es que eso es posible.

—Ha sido muy hábil —señaló Grif con cuidado, pues sabía que el tema dolía a su padre—. Las ovejas le han ido

bien, y he oído decir que tiene intención de montar una destilería. No es idiota —dijo, y añadió en beneficio de Hugh—: Ha sugerido un acuerdo entre los dos sobre las tierras. Tiene... una propuesta que beneficiaría a los Lockhart y a los Douglas.

—¡Ah, eres tonto, Grif! —exclamó Mared al instante haciendo un gesto de desprecio con la mano—. ¡Es un Douglas! ¡Los Lockhart y los Douglas nunca se han llevado bien!

—Sí —coincidió Liam con un suspiro de desaliento—, pero Grif tiene razón. Douglas es nuestra única esperanza.

—Entonces tiene que pedírselo Mared —dijo Aila—. Siempre la ha tenido en gran estima.

—¡Madre! —exclamó Mared—. Preferiría que me cogieran y me...

—¡Descuartizaran! —exclamó Aila con ella—. Lo sé, lo sé, *mo gbraidh*. Pero eso no altera el hecho de que se muestra dulce contigo, aunque Dios sabe por qué, tal como tratas a ese pobre hombre. Sin embargo, tal vez accediera a hacer un pequeño préstamo a tu padre... si se lo pidieras amablemente.

Mared gimió y se tapó la cara con las manos.

—Venga —dijo Liam con suavidad—, no es que tengas que besarle —dijo, y él y Grif se echaron a reír a carcajadas al oír el grito que ella ahogaba.